



Revista Científica Guillermo de Ockham

ISSN: 1794-192X

investigaciones@ubscali.edu.co

Universidad de San Buenaventura

Colombia

Sánchez Sierra, Juan Carlos

Reseña de "Between Tyranny and Anarchy: a History of Democracy in Latin America, 1800-2006" de Paul W. Drake

Revista Científica Guillermo de Ockham, vol. 9, núm. 1, enero-junio, 2011, pp. 173-176

Universidad de San Buenaventura

Cali, Colombia

Available in: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105322385014>

- How to cite
- Complete issue
- More information about this article
- Journal's homepage in redalyc.org

redalyc.org

Scientific Information System

Network of Scientific Journals from Latin America, the Caribbean, Spain and Portugal

Non-profit academic project, developed under the open access initiative

Between Tyranny and Anarchy: a History of Democracy in Latin America, 1800-2006.

Autor: Paul W. Drake

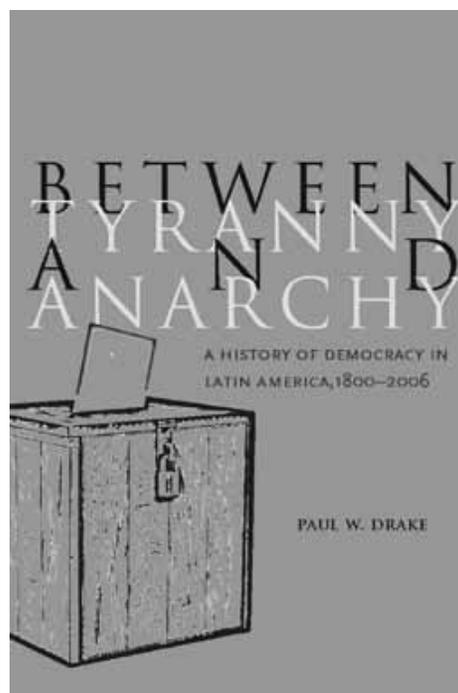
Stanford: Stanford University Press.

Año: 2009

Número de páginas: 330

Por: Juan Carlos Sánchez Sierra

El estudio de la democracia en América Latina parece de por sí una tarea desconcertante. La existencia de experiencias tan distintas como una democracia estable sin visos militaristas en Costa Rica; sucesivas dictaduras del más autoritario cuño desde el Caribe hasta la Patagonia; regímenes sostenidos por contiendas electorales oscurecidas por el fraude, la corrupción y la coerción en México y Colombia; populismos disfrazados de democracia en Argentina, México y Brasil; y variados esquemas de poder donde las elites justifican institucionalmente su perpetuación en el poder; son apenas una muestra del desafío que tal empresa representa. Si le sumamos la diversidad de escenarios políticos durante algo más de dos siglos, la iniciativa parece rayar entre lo quijotesco y lo quimérico. Un estudio de esta envergadura es lo que propone el trabajo de Paul W. Drake, profesor de ciencia política en la Universidad de California, cuyas investigaciones sobre la historia del trabajo y de la clase obrera en países del Cono Sur lo han hecho una de las figuras académicas más prestigiosas de la historia comparada. A pesar de estos reconocimientos, en el texto reseñado se evidencian serios problemas metodológicos y conceptuales, que serán presentados aquí a la luz de los vacíos o dudas que dejan sus análisis e interpretaciones.



El argumento central consiste en afirmar que en una revisión sistemática de la historia de América Latina es posible encontrar tempranamente la existencia de factores institucionales que estimulan el florecimiento de la democracia. Es decir, la idea generalizada de la región como foco de dictaduras y tierra fértil para el establecimiento de regímenes autoritarios no sería más que un estereotipo que se puede desvirtuar por medio de un análisis histórico y político. La forma como se entretienen diversas instituciones constituye el eje de su argumento. Así, constituciones políticas, cuerpos legislativos, instituciones encargadas de la justicia, la rama ejecutiva presidencialista, los partidos políticos y sobre todo la existencia de elecciones, son rasgos inequívocos de que América Latina es profundamente democrática. El autor hace un examen de la forma como desde las luchas de independencia las elites se organizaron en torno a estos factores institucionales con el objeto de consolidar la autonomía nacional dentro de los linderos de la democracia, para de esta forma obtener su

JUAN CARLOS SÁNCHEZ SIERRA. Historiador de la Universidad Nacional de Colombia; Maestro en Historia y Doctor en Pensamiento Social y Político de la Universidad de Virginia Tech (Estados Unidos). En la actualidad adelanta una investigación sobre juventud y cultura política en México.

reconocimiento internacional. Aunque Drake no hace un estudio minucioso de la etérea noción de “democracia” que entonces circulaba en Europa y Norteamérica, sí presenta la forma como la idea de democracia fue implementada, instrumentalizada, y sobre todo institucionalizada en algunos países de América Latina. Su estudio ofrece ciertos elementos interesantes a nivel comparativo; por ejemplo, para entender la forma como las influencias extranjeras de tipo ideológico terminaban por erosionar los liderazgos nacionales, a menudo en beneficio de poderes extranjeros que atomizaba las lealtades políticas y las circunscribían al ámbito local y regional. No obstante este aspecto queda demasiado abierto, en parte por la escasa importancia que el autor le da a las categorías de análisis macro-sociales, como las de autoridad y obediencia, y su operatividad institucional, en tanto se ajustaron lentamente a algunas expectativas populares. Un proceso que no ocurrió democráticamente, como se evidencia en el caso mexicano.

El estudio de los erráticos cambios en las constituciones políticas a lo largo del siglo XIX, por ejemplo, le sirve al autor para cotejar la aplicabilidad de su interpretación institucionalista con los vaivenes de la democracia en la región. Esta explicación se sustenta además en una descripción de la extensión del derecho al voto desde el siglo XIX al XX. Sin embargo, el análisis de lo constitucional y electoral, o un bosquejo de la tendencia conflictiva en las disputas por el poder, no son suficientes para que el autor demuestre una consagración democrática de cada régimen político, ni que las veleidosas decisiones populares fueran un indicio de la orientación democrática de América Latina. Si se tiene en cuenta, más bien, esta fragilidad del argumento hace que, en últimas, el autor termine justificando sistemas que poco tienen de democrático.

El libro se divide en ocho capítulos. En el primero se definen los tipos de democracia que debatieron los políticos latinoamericanos desde el siglo XIX, y se hace explícito el modelo teórico institucionalista de análisis que servirá al autor para todo el trabajo. En el capítulo segundo se examinan las instituciones que controlaban el ámbito político, y el papel de cada una en las transiciones en los regímenes nacionales; particularmente en el contexto de las tensiones

entre liberales y conservadores. Una inestabilidad política se reflejaba en cada una de las más de trescientas constituciones escritas, aprobadas y modificadas en el periodo que el autor estudió. El tercer capítulo muestra el papel autoritario jugado desde el siglo XIX por los partidos liberal y conservador, y la forma como sus elites le disputaron el poder, instrumentalizando la figura del caudillo regional y sus poderes en el sistema de tenencia de la tierra y disponibilidad de mano de obra. Sin duda, Paul W. Drake es acertado en este análisis. Sin embargo, la sobre-estimación de la existencia de constituciones y el supuesto ejercicio de un sistema legal efectivo no parecen tener un asidero empírico del cual servirse para ajustar su interpretación institucionalista, que ve democracias donde nunca las hubo.

El capítulo cuatro muestra cómo la democracia en cada país tendió a balancearse entre el autoritarismo heredado en las luchas contra España, y los balbuceos democráticos de las primeras generaciones de políticos. Ahora bien, el carácter oligárquico de los sistemas políticos de cada país, y el uso de la fuerza para mantener el orden social dejan en el análisis un sinsabor, ya que no es claro en su argumento la forma como instituciones que funcionaban de forma opresiva le abrieron paso a la modernidad. Así, el proceso de modernización iniciado hacia 1870, y objeto de estudio en el capítulo cinco, no establece con claridad el sistema político referido como democracia, sino es un esquema de dominación donde una constitución se mantiene como retablo de legitimidad, sostenido en elecciones periódicas.

En los capítulos seis y siete, el autor resume noventa años de historia bajo la certeza de tener en sus manos un esquema teórico analítico eficiente. Lo central allí será el acercamiento al equilibrio entre desarrollo económico, el impacto modernizante, y los asomos democráticos influenciados por el despertar del modelo capitalista norteamericano, basado en un manejo liberal de los derechos democráticos del individuo en beneficio de la sociedad.

Ahora bien, el argumento que propongo para leer críticamente a Paul W. Drake es que a lo largo del libro trata en forma marginal tres aspectos que considero centrales. En primer lugar, el papel hegemónico que tiene la Iglesia

Católica en América Latina, columna vertebral del control político de las elites, que en general se mantenía al margen del juego electoral y terminaba por acomodarse al lado del ganador. Aún más, el control que la iglesia ejercía sobre las masas desactiva cualquier conato de rebeldía. En tanto no la estudia, el autor no ve cómo la Iglesia Católica ejerció un papel de control moral e imponía los valores que regulaban la vida política, económica y social de las naciones. De igual modo, en muchas de las guerras civiles entre liberales y conservadores las intervenciones eclesiásticas por momentos le daban a estas un aire de cruzadas. En cada país latinoamericano, la Iglesia Católica fue un actor que se movía de acuerdo a los escenarios nacionales que por momentos también le fueron adversos.

En segundo lugar, la democracia norteamericana no fue el único modelo a seguir, incluso durante la guerra fría. El modelo liberal democrático norteamericano tuvo efecto sobre todo entre las clases medias desde la década de 1970 y marca la pauta de los consumos económicos y culturales; inspira las políticas públicas y tecnocráticas, el manejo empresarial agremiado desde los años de la segunda postguerra; pero principalmente patrocina y estimula las represiones y las dictaduras del continente. No obstante, en medio de la abundancia de los años sesenta, o en las profundidades de la crisis económica de los años treinta, la aceptación del modelo norteamericano durante el siglo XX no fue generalizado. En efecto, los políticos estaban a menudo más interesados en poner en práctica las ideas fascistas o comunistas; según su ubicación dentro del espectro político también mezclan tradiciones autóctonas con influencias extranjeras creando los llamados populismos. En otras palabras, cuando Paul W. Drake asocia el despertar democrático en América Latina con el ejemplo norteamericano, peca un poco de inocente, pues a excepción de Colombia y Chile, durante los años 1950-1970 la región estaba decididamente distante del intervencionismo norteamericano; aún más, desde los años sesenta franjas nada despreciables de la población rechazaban la expansión del estilo de vida norteamericano.

Finalmente, el más grave problema del texto está en que no involucra a América Latina en una esfera de influencias extranjeras, y hace un

magro análisis del predominio diplomático en la definición institucional de la región, al menos desde la última década del siglo XIX. Al omitir casi sin atenuantes el estudio de la región Caribe, deja sin mucha maniobrabilidad un argumento que no sirve para estudiar una región que fue dominada y a menudo usurpada, no sólo en el caso de la influencia de sus compañías fruteras o petroleras, sino además en la manipulación de gobernantes como Rafael Trujillo en la República Dominicana, Fulgencio Batista en la Cuba pre-revolucionaria, y Carlos Castillo Armas en Guatemala. El aspecto de política internacional y el papel de los Estados Unidos son centrales para entender la forma como los ejercicios democráticos fueron cuestionados, y en algunos casos radicalmente rechazados, lo cual favoreció los movimientos revolucionarios y nacionalistas. Además, este factor limitó ampliamente los modelos de desarrollo económico por la vía democrática-liberal, y fortaleció ejercicios nacionalistas como en México, Argentina y Brasil, que a la postre serían las fuentes principales del pensamiento autóctono para proponer una modernidad a lo latinoamericano.

Al final del libro, Paul W. Drake explora lo que llama el *tsunami* democrático en la región, que viene azotando en oleadas remozadas de representación política a cada país desde la década de los 1970. Obviamente el autor hace una especial mención de las brutales dictaduras de la época y destaca el retorno de democracias liberales, enarbolando la bandera del capitalismo. Es allí donde el argumento del autor se vuelca al análisis de la ciencia política, esquivo al trasfondo histórico, y cargado de inferencias que le ha permitido el abordaje teórico iniciado en las primeras páginas. Para el autor, la democracia ha florecido de la mano de una recomposición institucional originada en la implementación de modelos de ajuste estructural, donde el libre mercado y la autonomía individual se fortalecen por el desmonte de la pesada burocracia estatal. En efecto, el análisis institucional hace brillar en el texto la quimera anunciada en la introducción, según la cual en América Latina se están consolidando las democracias estables, gracias a un esquema de distribución que se ha ido ajustando a las necesidades de una acelerada modernización económica y sobre todo social. Aunque no nie-

ga las fragilidades institucionales resultado del clientelismo, la corrupción, el fraude electoral y la falta de coherencia en la aplicación de medidas de ajuste estructural; y, además, reconoce la prevalencia de sistemas donde la autoridad se ejerce inmemorialmente por medio de la represión popular. Tales democracias son un reflejo del mercado y sus necesidades sociales, donde para satisfacer un deseo o una necesidad, lo político es aleatorio y superficial. Si las democracias latinoamericanas se equipararan a un crecimiento con justicia social, quizá no existirían los altos índices de abstención, la manipulación electoral que ejercen las elites políticas e incluso sectores de las elites eclesiásticas.

En conclusión, el libro de Paul W. Drake habla más de la forma como en Norteamérica se perciben las formaciones políticas latinoamericanas, la miopía analítica que causa la sobreestimación de factores institucionales, y el desdén por análisis sociales basados en análisis cualitativos privilegiando en su lugar la dictadura de las cifras y lo cuantitativo. Aunque el modelo analítico del autor ha tenido una larga carrera en las ciencias

sociales en norteamericana, poco sirve para esclarecer los procesos sociales latinoamericanos. Si las políticas de ajuste estructural implementadas desde los años 1970 han catapultado la democracia, esta ha hecho de la representación política y el voto aspectos residuales en las decisiones políticas de la sociedad. Además de las fallas electorales y la implementación apenas parcial de nuevas constituciones en la región, no hay indicios de una clara acomodación social a los principios institucionales que tan denodadamente anuncia el autor. Quizá la región es más democrática, a la luz de la extinción de las dictaduras de Centroamérica y el Cono Sur, pero la equidad política es apenas vivida por las elites nacionales y una clase media en crisis crónica. Sin duda, un análisis integral sobre la trayectoria democrática de América Latina requiere investigaciones más objetivas, que vayan de lo particular a lo general, que no hagan fanfarrias del modelo neoliberal y su correlato democrático, donde la realidad no se ajuste para justificar un modelo de análisis, y en el que la comparación posibilite sintetizar conclusiones universales en diálogo con lo local.